

Muchas cosas son pavorosas; nada, sin embargo,
sobrepasa al hombre en pavor.
Él se pone en camino navegando por encima de espumante marea,
en medio de la invernal tempestad del sur, y cruza las montañas
de las abismales enfurecidas olas.
Él fatiga el inalterable sosiego de las más sublimes de las diosas, la Tierra,
pues año tras año
ayudado por el arado y sus caballos,
la rompe en una y otra dirección.

El hombre, caviloso, enreda la volátil bandada de pájaros
y caza los animales de la selva
y los que viven en el mar.
Con sus astucias doma al animal
que pernocta y anda por los montes.
Salta a la cerviz de las ásperas crines del corcel
y con el madero somete al yugo al toro jamás dominado.

El hombre también se acostumbró al son de la palabra
y a la omnicomprensión, rápida como el viento,
y también a la valentía del reinar sobre las ciudades.
Asimismo ha pensado cómo huir
y no exponerse a las flechas del clima y a las inhóspitas heladas.

Por todas partes viaja sin cesar;
desprovisto de experiencia y sin salidas,
llega a la nada.
El único embate: el de la muerte, no lo puede impedir jamás por fuga alguna
aunque haya logrado esquivar con habilidad
la enfermedad cargada de miserias.
Ingenioso, por dominar la habilidad
en las técnicas más allá de lo esperado
otro día logra también empresas nobles.
un día se deja llevar por el mal,
Sobresale en su lugar y lo pierde
Entre las normas terrenas y el orden jurado por los dioses toma su camino.
aquello que siempre considera el no ser como el ser
a favor de la acción audaz.

No se acerque a mi hogar en confianza
ni confunda su divagar con mi saber. (A)